las, que no se pueden separar sin causar la muerte de la una y de la otra. La ciencia crece en la medida en que es religiosa; la religion florece en la medida que sumerge sus bases en las profundidades de la ciencia. Las grandes obras realizadas por los filósofos, han sido ménos el fruto de su inteligencia, que de la direccion impresa á esta inteligencia por un espíritu eminentemente religioso. La verdad es dada á su paciencia, á su amor, á su sencillez, á su abnegacion, más bien que á su genio.»—

«Léjos la idea, continúa Spencer, de que la ciencia sea irreligiosa, como muchas personas creen; el abandono de la ciencia es lo que es irreligioso. Pongamos una comparacion. Supongamos un autor á quien diariamente se saludase con elogios, expresados en estilo pomposo, y supongamos tambien que la sabiduría, la grandeza, la belleza de sus obras fuesen el objeto constante de las alabanzas que se le dirigieran. Supongamos que los que sin cesar elogian sus obras, no las han visto nunca más que por el forro, nunca las han leido, ni jamás han intentado comprenderlas. ¿Qué valor pueden tener para él esos elogios? ¿Qué debe pensar de la sinceridad con que se le dirigen? Y por tanto, si es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes, hé aquí cómo se conduce la humanidad en general hácia el universo y su causa. ¡Mucho peor todavía! No sólo pasan los hombres al lado de las cosas que llaman maravillosas, sin estudiarlas, sino que vituperan á los que se entregan á la observacion de la naturaleza, y les acusan de distraerse con bagatelas; desprecian á los que toman un interés activo por esas maravillas. Decimos, pues, todavía que no es la ciencia, sino más bien la indiferencia por la ciencia la que es irreligiosa. La devocion á la ciencia es un culto tácito; es el reconocimiento tácito del valor de las cosas que se estudian é implícitamente de su causa. No es un homenaje rendido simplemente con la boca, sino prestado por medio de los actos; no es un respeto expresado por palabras, sino el respeto probado por el sacrificio de su tiempo, de su pensamiento y de su trabajo.

»Y no es sólo de este modo como la verdadera ciencia es esencialmente religiosa, pues lo es tambien porque hace nacer un profundo respeto por esas uniformidades de accion, que se descubren en todas las cosas, y una fe implícita en ellas. Por sus experiencias acumuladas, el hombre de ciencia adquiere una completa creencia en las inmutables relaciones de los fenómenos, en la relacion invariable de causa á efecto, y en la necesidad de los buenos y los malos resultados. En lugar de las recompensas y de los castigos de que hablan los símbolos tradicionales, y que vagamente esperan los hombres obtener ó evitar á pesar de su desobediencia, el sabio descubre que hay recompensas y castigos

que se originan de la constitucion ordenada de las cosas, y que los malos resultados de la desobediencia son inevitables. Descubre, además, que las leyes á que debemos someternos, son inexorables y benéficas, y ve que, conformándonos á ellas, tiende siempre la marcha de las cosas hácia una mayor perfeccion, hácia una felicidad más grande; y entónces insiste incesantemente en la observacion de esas leyes, se indigna cuando hay trasgresion de ellas, y afirmando de este modo los principios eternos de las cosas y la necesidad de someterse á ellos, se muestra esencialmente religioso.

»Añadamos á estas consideraciones otro aspecto religioso de la ciencia, cual es que ésta sola puede darnos una idea exacta de lo que nosotros somos, y de nuestras relaciones con los misterios del sér. Al mismo tiempo que nos muestra todo lo que puede saberse, nos enseña los límites más allá de los cuales no se puede saber nada. Y no es por aserciones dogmáticas como enseña la imposibilidad de comprender la causa última de las cosas, sino que nos conduce á reconocer claramente esta imposibilidad, haciéndonos tocar en todas direcciones, los límites que no podemos franquear. Ella nos hace sentir, como ninguna otra cosa pudiera hacérnoslo comprender, la debilidad de la inteligencia humana en presencia de lo que pasa por esta inteligencia. Miéntras que respecto de las tradiciones y las autoridades humanas, ha podido tener una actitud arrogante, esta actitud es humilde ante el velo impenetrable que cubre lo absoluto; y su arrogancia y su humildad son tan precisas la una como la otra. El sabio sincero,—y por este nombre no entendemes el que no hace otra cosa que calcular distancias, analizar compuestos ó rotular especies, sino el que á través de las verdades de órden inferior, busca verdades más altas y quizá la verdad suprema,—el verdadero sabio, decimos, es el único hombre que sabe cuán por encima está, no sólo del conocimiento humano, sino de toda concepcion humana, la fuerza universal de que la Naturaleza, la Vida y el Pensamiento son manifestaciones.

»Concluimos, pues, que para la disciplina del hombre lo mismo que para su direccion, la ciencia es lo de más valor. Bajo todos conceptos, vale más aprender el sentido de las cosas, que aprender el sentido de las palabras. Como educacion intelectual, moral y religiosa, es el estudio de los fenómenos que nos rodean inmensamente superior al estudio de las gramáticas y de los diccionarios... Por lo que toca á la conservacion personal, á la conservacion de la vida y de la salud, los conocimientos que importa poseer son los conocimientos científicos. Si se trata de proveer indirectamente á esta misma conservacion personal, tambien los conocimientos que importa poseer son todavía los

conocimientos científicos. En el cumplimiento de las funciones paternales, la verdadera guía es la ciencia. Para la inteligencia de la vida nacional pasada y presente (inteligencia sin la cual no puede el ciudadano dirigir su conducta), la clave indispensable es la ciencia, lo mismo que lo es por lo que respecta á las producciones del arte, y á los goces artísticos bajo todas sus formas. Lo propio decimos para la disciplina—intelectual, moral y religiosa; —el estudio más eficiente es la ciencia.»

Aunque los elevados y profundos conceptos del eminente filósofo inglés se refieren á la ciencia en general, como quiera que el objeto de la enseñanza en sus diversos grados es comunicar la ciencia en esta ó en la otra forma y con mayor ó menor extension, y como quiera tambien que Spencer emite dichos conceptos en un libro que trata de la educacion, ántes citado por nosotros, y con ocasion de determinar el papel que en ella juega la cultura científica, y cuál de sus ramas es la más útil, creemos que no están fuera de lugar los pasajes que dejamos trascritos, máxime cuando con ellos se contestan victoriosamente las objeciones que á la instruccion hacen los que ven en ella un peligro, y la despojan del sentido educador,—moral y religioso,—que en este capítulo le reconocemos, y del que siempre llevará consigo el gérmen, cualquiera que sea la proporcion en que se enseñe; lo que hay que hacer es fecundar ese gérmen, fertilizar la virtud que entraña, por medio de una atenta, inteligente y apropiada drireccion.

5. De lo expuesto en el presente capítulo se deduce, que la enseñanza tiene un doble carácter, pues que no sólo instruye, sino que *educa*, en el genuino sentido de la palabra. En tal concepto debe distinguirse en ella, y hemos distiguido, un triple fin, á cuya realizacion deben encaminarse todas las materias de la enseñanza, fin que se halla representado por las tres siguientes maneras de obrar, que por lo que respecta á su intencion, hay que considerar en ella, á saber:

a) Comunicar conocimientos.—Es, como hemos visto, el fin positivo é inmediato que se persigue mediante la instruccion. Aunque consideremos este fin sin relacion alguna con los otros dos, á los cuales sirve de instrumento ó medio natural é indispensable, es en sí mismo de la mayor importancia, puesto que toda buena

y cabal educacion implica la adquisicion de conocimientos, como una parte de ella, y éstos revisten una gran importancia para la vida toda, individual y socialmente considerada. De modo, que aunque pudiésemos separar de la instruccion la accion influyente y precisa que ejerce sobre todas las facultades del espíritu, en el sentido de desenvolverlas, todavía sería necesario concederle un gran papel en la obra de la educacion, por la importancia que la adquisicion de nociones tiene para el hombre, el cual viviria sin ese medio, aislado de sus semejantes, privado del comercio de las ideas, é ignorante de cuanto á su alrededor sucede y le interesa conocer.

No obstante la importancia que aquí reconocemos á la instruccion, considerada sólo bajo el punto de vista de la adquisicion de conocimientos, conviene no desnaturalizarla, ni darle proporciones exageradas tratándose de los niños, pues que entónces se desatenderá el ejercicio ordenado y armónico de las facultades intelectuales, que es otro de los fines que debe aspirarse á realizar por medio de la instruccion, y porque los mismos conocimientos dados de este modo, no producirian el efecto á que se encaminan.

b) Desenvolver las facultades intelectuales.—Fin que es mediato, y al que hemos denominado cultura formal de la inteligencia, cuya educacion propiamente dicha, consiste en la realizacion de este fin, por el cual, si no se prescinde de la adquisicion de conocimientos, pues ya hemos visto que no puede ni debe hacerse, se mira más que á darlos, á preparar el terreno para que los reciba bien, y para que la semilla que en él se deposite dé en sazon los correspondientes frutos. Para que la cultura positiva de la inteligencia tenga la importancia que acabamos de reconocerle, es menester que se halle preparada y sea secundada por la cultura formal, que se atienda á ésta especialmente, aprovechando todas las ocasiones que ofrece la enseñanza, para des-

envolver y fortificar la inteligencia, que más que adornarla importa formarla. Teniendo en cuenta la solidaridad que hay entre ambos fines, solidaridad que hemos señalado más arriba (2), «se objetará, tal vez, dice un autor moderno, que la instruccion, dirigiéndose al entendimiento, desenvuelve sola y por la fuerza misma de las cosas las facultades intelectuales, y que es, por consecuencia, inútil que el Maestro se preocupe de este resultado, y trabaje especialmente para conseguirlo. Mas entónces ese desenvolvimiento, por decirlo así, instintivo, sería poca cosa (deficiente y vicioso, añadiríamos nosotros), en comparacion del que puede obtener un Maestro que dirige con intencion todos sus esfuerzos con aquel intento, por lo que debe aprovechar cuantas ocasiones y cuantos medios le ofrece naturalmente la enseñanza que ha de dar á sus discípulos, para esforzarse en desenvolver sus facultades intelectuales; se aplicará á formar hombres inteligentes y capaces, más que hombres instruidos. Para que la instruccion sea fecunda, añade, no basta que el alumno retenga con seguridad principios, y que su entendimiento se acrezca y fortifique; es menester todavía que esta facultad de su inteligencia, que yo llamaría el sentido práctico, se haya aprovechado suficientemente de los conocimientos adquiridos, y se haya hecho más fuerte y más hábil.»

Quiere esto decir, que no basta con dar al niño la instruccion, sino que al propio tiempo y con preferencia, debe dársele el poder ó los medios de instruirse por sí mismo, por lo que el plan de educacion debe disponerse de modo, que asegure á cada facultad un ejercicio suficiente, que le haga adquirir la fuerza que le corresponde en la armonía del desenvolvimiento intelectual, necesidad que, como dice Guimps, de quien son estas observaciones, ha sido Pestalozzi el primero en reconocer plenamente, diciendo que *lo importante es aprender á aprender*, por lo que hizo del ejercicio de todas las facultades, la condicion esencial de su sistema

de enseñanza. De este modo es cómo el niño hecho hombre, podrá aprovechar los conocimientos que se le hayan suministrado, y aplicarlos eficazmente y de una manera útil á la vida.

Ya que hemos citado el nombre de Pestalozzi, daremos á conocer un pasaje relativo á este punto, de la exposicion que hace M. Pompée de los principios generales de educacion de aquel inspirado pedagogo: «Pero para realizar su plan, dice, lo que él se proponia, no era la adquisicion de una gran masa de conocimientos sin valor, que léjos de ser ventajosa, podria ser perjudicial, ni un hacinamiento de nociones sin la capacidad de hacer uso de ellas; no queria que el niño fuese para las ciencias lo que la esponja es para el agua: al contrario, Pestalozzi no consideraba los estudios, sobre todo en los primeros años, sino como medios de fijar la atencion, de fortificarla y de dar actividad á las facultades intelectuales; hacía estudiar á los niños, no para que absorbiesen, sino para formar las facultades, con cuya ayuda deberian adquirir un dia buenos conocimientos; para hacerles reunir buenos materiales con este fin, y, sobre todo, para comunicarles el arte precioso de sacar partido de esos conocimientos, de deducir de ellos nuevas verdades, á medida que su espíritu se desenvolviese y tomase nuevas fuerzas.»

c) Desenvolver las facultades morales.—Hemos reconocico ántes en la ciencia y, por lo tanto, en la enseñanza que la suministra, un sentido, una virtualidad moral que la pone á cubierto de ciertas acusaciones intencionadas. Pero aunque en el fondo de ella no latiese este sentido, ni de ella se originasen los desprendimientos morales á que ántes nos hemos referido tambien, debemos aprovechar la instruccion como medio de educar los sentimientos y la voluntad, con lo cual responderémos mejor al principio que más arriba dejamos sentado (3), de que *cada adquisicion nueva de conocimientos, debe convertirse en motivo de verdadera educacion.* Por más que el aspecto, bajo que ahora consideramos la instruccion, se tenga como el *fin indirecto* de ésta, es lo cierto que tiene una gran trascendencia, por lo que no cede en importancia á los otros dos fines.

Además del hombre inteligente y capaz de que hablamos en el párrafo precedente, debe contribuir la instruccion á formar hombres bondadosos, de nobles sentimientos. Por eso la prescripcion que toda la Pedagogía moderna recomienda, diciendo que *la enseñanza debe hablar al corazon.*

Tales son, pues, los términos del triple fin á que debe tender la instruccion, cada una de cuyas ramas, no sólo puede y debe servir al desenvolvimiento general de las facultades, sino que además cada género de estudios puede aplicarse especialmente al desenvolvimiento de una ó de varias facultades, ya intelectuales, ya morales.

6. Lo expuesto hasta aquí, nos puede servir para establecer las relaciones que existen entre la educacion y la instruccion.

En primer lugar, considerada la enseñanza en lo que hemos llamado su propia finalidad, como cultura positiva de la inteligencia, es una *parte* de la educacion, pues que ésta implica siempre cierta cultura intelectual, la adquisicion de ciertos conocimientos que se consideran indispensables para que pueda decirse que un hombre ha recibido verdadera educacion. En este sentido se dice que *toda instruccion debe ser educadora* y por su parte, *toda educacion reclama cierta suma de conocimientos.* En segundo lugar, es *el medio* único é irreemplazable de educacion intelectual propiamente dicha, y el mejor y más general, el que asume todos los de que se dispone para la cultura de las otras facultades, puesto que todos los medios de cultura moral están en último término reducidos á la enseñanza en ésta ó la otra forma, ya revista el carácter de lecciones orales, bien el de impresiones suministradas por el ejemplo, las representaciones, las experimentaciones por parte del educando, etc. Obsérvese, por otra parte, que el desarrollo de la inteligencia es base de todo el del espíritu, y que por lo mismo, la educacion

intelectual, cuyo único instrumento es la instruccion, es como el alma de toda la educacion psíquica, que lo mismo que la del cuerpo se halla, además, determinada é informada en el que la regula y dirige, en el educador, por la accion influyente de la enseñanza.

Siendo, pues, la instruccion parte de la educacion y además el medio más general y adecuado, á veces el único é irreemplazable, de que ésta se vale para alcanzar su fin, no puede con propiedad decirse, como han dicho algunos sabios pedagogos, que *la instruccion y la educacion son dos cosas enteramente distintas.* Los tres fines que ántes hemos distinguido en la enseñanza, llevan naturalmente á considerar ésta como el alma de toda educacion y como el nexo que une y concierta el desenvolvimiento regular de cada una de las facultades del espíritu. La instruccion es, por tanto, educacion por más que no sea toda *la* educacion; al *instruir* no se puede por ménos que *educar*, con peor ó mejor sentido, en mayor ó menor escala, pero educar al fin, aunque á veces se pierda de vista el objeto total de la educacion y no se atienda más que á la mera adquisicion de conocimientos.

El predominio casi exclusivo que en la práctica se da generalmente á este fin de la enseñanza, atendiendo á él solo y no cuidando de todas las demás exigencias de la educacion, es la causa de que se miren la instruccion y la educacion como cosas distintas, y de que, como al comienzo de este capítulo hemos dicho, y reconociendo esa distincion, se posponga la segunda á la primera, el todo á la parte, no mirando más que al fin de suministrar conocimientos sin verdadera intencion educadora, y despojando á la instruccion de su carácter genuinamente educador, por lo que da los resultados contraproducentes á que en el mismo lugar hemos hecho referencia.

Y porque sucede esto; porque es comun desconocer ú olvidar el sentido educador que en la genuina acep-

cion de la palabra tiene la instruccion; porque tomándola como tal y en su riguroso sentido, se olvida la cultura formal de la inteligencia, que en la edad primera es lo principal; porque, en fin, no se encamina á desarrollar en el niño las facultades morales en la medida y con la frecuencia que son necesarias para que el desenvolvimiento de unas facultades no se verifique á expensas y con perjuicio del de otras, sino en las condiciones de equilibrio y de armonía, con la ponderacion de fuerzas que tantas veces hemos recomendado, es por lo que la Pedagogía prescribe, no sólo como ántes hemos dicho (5, *c*) que *la enseñanza debe hablar al corazon*, sino que la *instruccion debe ser educadora, estar dirigida por un gran pensamiento educador*, así por lo que respecta á la inteligencia como á las demás facultades del hombre.

Cuando la instruccion reune este carácter, cuando al suministrarla se tiene en cuenta el triple fin que la hemos reconocido y no se olvidan las condiciones de que hemos hablado ántes de llegar á la determinacion concreta de estos fines (2, 3 y 4), se confunde ciertamente con la educacion, pues que entónces representa una como concrecion de todo el sentido de ésta; pero áun así y todo debe distinguirse de ella, con lo cual se evitará en la práctica caer en el error de no atender más que á suministrar conocimientos sin otro objeto que instruir, y de desatender, no ya la educacion en general, sino hasta la educacion propiamente dicha de la inteligencia, sin la que la instruccion verdadera carece de base y no puede dar todos sus naturales frutos, como repetidas veces hemos dicho durante el decurso de este capítulo.

Siendo el objeto de este capítulo mostrar las relaciones que existen entre la educacion y la instruccion, señalando á la vez y por via de deducciones, la importancia positiva de ésta, así como el sentido que tiene realmente y con que debe darse, cuyos puntos son los que corresponde tratar en una *Introduccion*, como es

ésta, á la Pedagogía, no hay para qué entrar aquí en los demás puntos concernientes á la teoría de la Enseñanza, que como los que se refieren á los métodos generales, á la distincion entre ellos y los particulares, y entre éstos, los procedimientos y las formas, corresponden á la *Didáctica pedagógica*, en la cual habremos de tratar de todos esos puntos bajo el aspecto teórico y práctico, como complemento de lo que en el tratado de la *Educacion intelectual* corresponde exponer relativamente á la doctrina general del cultivo de las facultades intelectuales, bajo todos sus aspectos considerada.